

EN LA EXPOSICION BIBLIOGRAFICA DE
ANDRES BELLO EN LA UNPHU.

Mariano Lebrón Saviñón.



A más de siete siglos, regocijado y jacarandoso, el buen clérigo Gonzalo de Berceo, sentía los primeros fulgores del habla castellana en la arcada secular de San Millán de Suso, frente a la cumbre cana y frígida del San Lorenzo, mientras discurría amoroso el río Cárdenas, cuando desde sus labios temblorosos retozaba, con impulsos de profanos estremecimientos, la nueva estructuración de sus quadernavías. Pero como ya, saltando la palabra desde el noble regazo del pueblo, era el suyo “mester de clerecía”, se empeñaba este sacerdote medieval del siglo XII en escribir en lengua romance, abriendo la ancha ría por donde el castellano había de verter su cauce en el inmenso mar del español de hogaño:

*Quiero fer una prosa en román paladino
En el qual suele el pueblo hablar a su uesino,
ca no son tan letrado por fer otro latino,
bien valdrá, como creo, un vaso de bon vino.*

Con más gracejo vendrá luego el saleroso Alcipreste del Buen Amor.

Pero después oiremos con holgura la infancia enriquecida de nuestra habla en el frescor del sobrio y aún no bien valorado poema del “Mio Cid”, cuando el juglar que encimaba la casi

legendaria personalidad de Rodrigo Díaz de Vivar, presentándolo recio y virtuoso, puro y fiel a despecho del veleidoso Rodrigo del romancero, trataba de domeñar con flexura y caricioso rumor la todavía lengua montaraz.

Hace casi diez centurias un anónimo trovador decía esta plegaria quizá en hierática actitud de arrobó:

*“Como ajutorio de nuestro duenno,
duenno Cristo, duenno Salvatore, qual
duenno get ena honore, e qual duenno
tinet ela malditione, como Padre,
como Spiritu Sancto, enos sieculos
de los sieculos. Fracanos Deus
omnipotes tal serbitio fere ke delante
ela sua face grandiosos segamus. Amen”.*

En tiempos modernos, Don Emilio Alarcos Llorach, ilustre Miembro de Número de la Real Academia Española, vierte así esta plegaria en su discurso conmemorativo del milenario de nuestra lengua:

*“Con la ayuda de nuestro señor don Cristo,
don Salvador, señor que está en el honor
y señor que tiene el mandato con el Padre,
con el Espíritu Santo, en los siglos de los
siglos. Háganos Dios omnipotente hacer tal
servicio que delante de su faz gozosos
seamos. Amén”.*

Amanuenses silenciosos en los siglos de quietud venían poco a poco escribiendo, con paciencia, versos y prosas que nos muestran cómo desde el latín ya un cuasi castellano, fue gestándose nuestra habla, la más hermosa de todas las que dan su magia de palabras para el diálogo con Dios. Desde esa primera oración de un cenobio anónimo hasta el sonoro y mágicamente encantador idioma de Cervantes, vamos viendo en equilibrio y donosura, encimarse el idioma, pasando por aquella

sombrosa transición del elegante Marqués de Santillana, que llena de infinito gracejo sus "Serranillas":

*Moca tan hermosa
non vi en la frontera
como una vaquera
de la Finojosa.
Faciendo la vía
de Calatraveño,
a Sancta María
vencido del sueño
por tierra fragosa
perdí la carrera
do ví la vaquera
de la Finojosa.*

Mas, el árbol del español adquiere inusitada frondosidad; vienen, como caudales de enriquecidas voces, al azarbe del castellano triunfador, innúmeras azarbetas a través de sus vibrantes aguas poéticas, desde los primeros zéjeles saltantes, al mundo enriquecido del siglo de oro, pasando por todo el apasionante bosque trovadoresco, con una cumbre adorable que es la poesía galaico-portuguesa.

Aquí se fusionaron en el habla vulgar o romance vocablos y locuciones del bable o asturiano, del aragonés, del andaluz, del extremeño, del leonés, de los idiomas neolatinos catalán y gallego, y hasta del vascuence, que no tiene parigual en el mundo europeo.

Luego nuestra habla llega a ese orbe destellante, bosque cerrado y profuso, del barroco, después del manso discurrir garcilasiano, con sus églogas hibleas, donde Lope, que es monstruo de creación inconcebible, Calderón y Góngora, que es ángel de luz, aunque quisieron exaltarlo como ángel de tinieblas, pusieron mucho de su haber para darnos, como un tesoro de la lingüística, un español henchido de bellezas.

La aparición de América abrió un océano de posibilidades enriquecedoras al mundo lexicológico de nuestra lengua,

todavía llamada castellana, y fue la nuestra, nuestro Santo Domingo, entonces La Española, la primera tierra en el Nuevo Continente en recibir ese mensaje idiomático y la primera, también, en hacerle aportes de palabras, pues como dice Antonio de Nebrija en su “Gramática”, publicada en el 1492, la primera en lengua romance: “siempre la lengua fue compañera del Imperio, y de tal manera la siguió que juntamente comenzaron, crecieron y florecieron”.

Colón no pudo entenderse, como es natural, con los taínos aposentados en Marién, resultandoles inútiles los intérpretes que trajo consigo bajo la creencia de que arribaría a la India.

Fue Fray Ramón Pane el primer europeo en hablar una lengua americana cuando incursionó, con este encargo, por el Macorix, nitahinato de Maguá.

Cuando en 1493 Nebrija publica su VOCABULARIO, incluye la voz taina CANOA, que Colón llevara a España desde nuestro Santo Domingo.

Será luego, y después de la segunda década del siglo XVII, cuando Fray Gabriel Téllez, el egregio inmortal Tirso de Molina, tras corta estada en la ciudad de Santo Domingo del Puerto, incorporó a su vocabulario, en su drama LA VILLANA DE VALLECAS, voces antillanas de La Española En una escena del primer acto compara frutas de América y de Europa, aludiendo después el túbano lucayo del tabaco antillano:

*Y si en postres asegundas
en conserva hay piña indiana
y tres o cuatro pipotes,
mameyes, cipizapotes,
y si de la castellana
gustas, hay melocotón
y perada; y al fin saco
un túbano de tabaco
para echar la bendición.*

Y en el acto 2o., escena 9, cuando el indiano que pretende

a la villana, encuentra al que quiere ocupar su lugar, lo anonada con este rimero de preguntas:

¿Cómo se coje el cacao?

Guarapo ¿qué es entre esclavo?

¿Qué frutos dan los guayabos?

¿Qué es cazabe y qué jaojao?

Más hace Tirso de Molina, pues en sucesivas comedias enriquece su español con palabras birladas al lucayo. He aquí una lista parcial: bejuco, cacique, caimán, chocolate, guayaba, iguana, jején, jícara, macana, maíz, nagua, nigua, papaya, petaca, tabaco, tambor, tiburón, tomate, y yuca. Algunas palabras procedentes del nahyalt se explican, porque el creador de don Juan unió, en alguna comedia, su nombre al de Juan Ruiz de Alarcón.

De modo que el español prematuramente se enriqueció con vocablos de las cinco zonas lingüísticas precolombinas: del NAHUALT, del MAYOQUICHE; del quichua y aimara, del tupi-guarani y del mapoche.

Este exordio, donde recojo conceptos que dediqué al Tomo I de CURSO DE ESPAÑOL de la profesora Isabel Ventura, me viene a la mente cuando en el bicentenario del nacimiento del gran humanista hispánico- nacido en Venezuela— Andrés Bello, la Universidad Nacional Pedro Henríquez Ureña hace esta exhibición bibliográfica en homenaje a quien, agigantándose desde su lar nativo, arropa con su genio todo el ámbito de nuestro continente.

Si nuestra Universidad se une a los diferentes alardes de admiración con que muchos pueblos tratan de exaltar el genio ecuménico de Andrés Bello, es porque en todo instante ha querido consonar sus actividades públicas con el noble impulso al que debe su existencia.

Andrés Bello fue hombre muy de su siglo, que es como decir el siglo de La Enciclopedia. Por eso era hombre ecuménico: historiador, poeta, filólogo, abarcando otros aspectos del quehacer cultural. Y de ahí le vinieron sus

inquietudes filológicas que lo llevaron a publicar su GRAMATICA.

Pero hay que entender que tanto los redactores de L' Encyclopedie: D' Alambert, Turgot, Duclos, Du Marsais, como sus promotores: Voltaire, Leibnitz, Bosses y Condillac, se preocuparon hondamente por el lenguaje.

Para Bello el vínculo común de nuestra América, de nuestra gente, era el habla. Y América le había hecho un aporte generoso; aporte que se vio henchido después de nuestras independencias.

Es cosa destacable cómo el dominicano se aferró a su hispanismo para no sucumbir, cuando la ola negra trató de arrebatarlo.

Nuestro españolismo de entonces no fue, como falazmente se ha dicho, prurito de ranciedad petulante, sino aferramiento entrañable a su herencia mejor, como tabla de salvación, en el naufragio donde han querido ahogarnos.

Todo el patriotismo de Bello— que se manifiesta en un anhelo de libertades para su patria— se plasma en su revista BIBLIOTECA AMERICANA (1823), que lo mismo que el REPERTORIO AMERICANO de Juan García del Río colombiano y como aquél refugiado en Londres, se encargaba de difundir, además del ideal de independencia, las ideas científicas y filosóficas que discurrían por Europa.

En el decir de Pedro Henríquez Ureña: “Bello era en su tiempo el hombre de más vasta cultura en el Nuevo Mundo”. Se le conoce como el autor del Código Civil de Chile y los primeros trabajos valiosos de Derecho Internacional.

Pero su pensamiento, acostumbrado a la gloria cenital de los espacios azules, empeñoso en ser un orientador de excelsitudes, se embarcó en la nave del hondo lucubrar y con su FILOSOFIA DEL ENTENDIMIENTO, original y clara enseñó al americano a pensar. Algo análogo a lo que hizo Hostos en su tiempo, con aguda penetración apostólica.

Pero lo que verdaderamente encima a Bello es el portento de su GRAMATICA DE LA LENGUA CASTELLANA que, junto con su METRICA, alcanza una importancia no igualada

todavía en el dilatado mundo hispánico. Su acervo venía desde lejos, desde la edad lechal de nuestra habla, y desplayándose después de una incontenida erudición de poligloto hizo traducciones múltiples, doblegando el latín de esdrújulos hermosos, el grave inglés y el agudo idioma gálico, a nuestro hermoso español cuya sonancia parece sempiterna oración para un largo platicar con Dios.

Así vierte en sonoros versos a lo Horacio —que era pasión en su época— en un lento discurrir, a lo Fray Luis, esa dulcedumbre que llevó a sus SILVAS. Tradujo a Plauto; el ORLANDO de Boyardo; fragmentos de los NIBELUNGOS, a Lord Byron y a Victor Hugo. Su paráfrasis LA ORACION POR TODOS del gran romántico francés, es un modelo perfecto de emulación a un original al parecer insuperable.

“En su vida pública —dice Henríquez Ureña— después de haber servido a su país como agente de la revolución en Londres, donde vivió de 1810 a 1829, ejerció en Chile durante más de treinta años funciones de maestro y consejero del Gobierno en cuestiones jurídicas y reorganizó y presidió la Universidad (1843), y en general dio orientaciones a la cultura”.

Sin embargo, hoy aquí destacamos, como un homenaje de la UNPHU al genio universal de este gran americano, que Chile y Venezuela tienen como suyo pero que nosotros usufructuamos también, gracias a su humanismo admirable y generoso y su aporte al habla. Por eso es el Departamento de Letras, bajo la iniciativa de su Director, el profesor Antonio González, y del Decanato de Humanidades, que dirige José Henríquez Almánzar, de espíritu humanístico también, el que programa este homenaje a Bello en el bicentenario de su nacimiento. Y es su Rector, Dr. Jaime Viñas Román, rada abierta a todas las corrientes culturales que vengan como afluentes necesarios a henchir el gran río de la Universidad, quien propicia actos de esta naturaleza, que son cosa sólita ya en nuestro quehacer orientador.

“Bello fue el salvador de la integridad del castellano en América”, en el decir de Menéndez y Pelayo, y este concepto del gran polígrafo español, es valor que ponderamos. Pero no es

generosidad la suya, pues Bello fue, realmente, quien emancipó nuestra Gramática de su servidumbre a la latina y trató de darle unidad al español.

Valorar la obra de Bello es empresa superior porque no es factible estar cónsono con las diversas facetas de su obra.

Empero, como un esfuerzo tendiente a dar una idea de una mínima porción de sus grandes afanes, he aquí esta modesta exposición que sometemos a vuestro juicio ponderativo con el deseo de despertar hoy más que nunca el culto a esta personalidad que busca ocupar un escaño, junto con Pedro Henríquez Ureña, en el corazón de todo dominicano.